Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El salto



En una pequeña casa amarilla vivía un gran perro negro.

Al gran perro negro le encantaba saltar.

Tenía todo lo que podía necesitar, pero el perro negro era infeliz.

Su dueña trabajaba casi todo el día, por lo que solo podían jugar a última hora de la tarde.



En la gran casa de al lado vivía una niña pequeña y sus dos perros manchados.

Una mañana, cuando el dueño del Perro Negro se fue a trabajar, oyó reír a la niña.



—Sería divertido tener a alguien con quien jugar —suspiró el Perro Negro.

Así que empezó a saltar.

Saltó, saltó y saltó...

...hasta que saltó tan alto que aterrizó en el jardín de la niña.

Al principio, Perro Negro se lo pasó en grande.



Pero entonces la niña empezó a tirarle de la cola y a retorcerle las orejas.

—¡Esto no es divertido! —gritó el Perro Negro.



Así que empezó a saltar.

Saltó, saltó, y saltó...

...hasta que saltó tan alto que aterrizó de nuevo en su propio jardín. En la gran casa del otro lado vivía una anciana con un perrito amarillo.

—Estoy seguro de que ella no me tirará de la cola ni me retorcerá las orejas.



Sería estupendo jugar con ella —suspiró el Perro Negro.

Así que empezó a saltar.

Saltó, saltó y saltó...



...hasta que saltó tan alto que aterrizó en el jardín de la anciana.

Al principio, la señora rascó a Perro Negro detrás de las orejas y le frotó la barriga. Pero después de un rato, la anciana se sentó en su mecedora y Perro Negro se aburrió mucho.



Yaaawn...



Así que empezó a saltar.

Saltó, saltó y saltó...

...hasta que saltó tan alto que volvió a aterrizar en su propio jardín.

Cuando la dueña de Perro Negro llegó a casa, no le tiró de la cola ni se sentó en una silla para rascarle las orejas.





Jugaron a su juego favorito y ella le dijo lo mucho que lo había echado de menos durante todo el día.

—La amo, y ella me ama. ¡Después de todo soy un perro afortunado! —suspiró felizmente Perro Negro, mientras se acurrucaban juntos en el sofá.

